

Bernardina y Concepción: dos mujeres, dos continentes y una misma causa

Bernardina and Concepción: two women, two continents and the same cause

Micaela Pellegrini Malpiedi

ISHIR/CONICET – UNR, Argentina
michaelapellegrini89@gmail.com

Recibido el 12 de abril de 2020

Aceptado el 21 de julio de 2020

BIBLID [1134-6396(2020)27:2; 613-630]

<http://dx.doi.org/10.30827/arenal.v27i2.15167>

En el año 1931 Bernardina Dabat fue convocada por el “Comité pro-homenaje monumental a Concepción Arenal” con el fin de desarrollar un discurso en homenaje a “la Arenal”. El mismo fue pronunciado el 21 de noviembre de 1931 en el Club Español de Rosario (Santa Fe, Argentina) frente a un importante público. En el año 1932, esas mismas palabras fueron publicadas en letra de molde bajo el formato de un pequeño libro, llevando por título “Concepción Arenal: reflexiones al margen de su vida y su obra”. Este es el documento que venimos a presentar en estas páginas con la intención de mostrar cómo, durante la bisagra de los siglos XIX y XX, se desarrolló una red de sociabilidad e intercambio intercontinental de ideas feministas y contrahegemónicas hacia el rol estereotipado de “lo femenino” entre mujeres que habitaron distintas geografías.

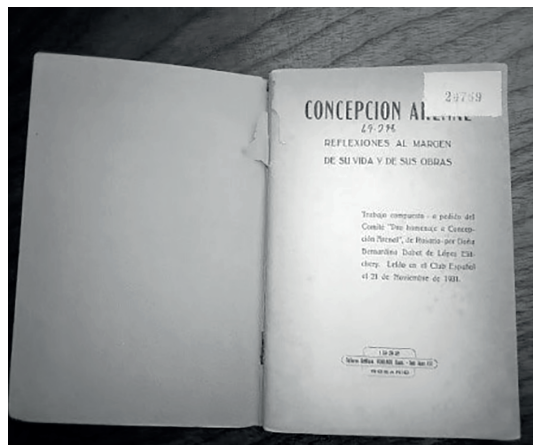


Fig. 1. Fotografía del libro (1932).

En primer lugar, resulta necesario presentar a Bernardina Dabat, una mujer que nació en el año 1891 en La Paz, un pueblo ubicado en la provincia de Entre Ríos, Argentina, pero que pasó la mayor parte de su vida en Rosario, provincia de Santa Fe (Argentina).



Fig. 2. Retrato de Bernardina Dabat en el libro aquí presentado (1932).

En su juventud, Bernardina cursó magisterio. Esto no nos asombra si tenemos presente lo que algunas historiadoras argentinas denominaron “proceso de feminización de la docencia” (Yannoulas, 1996 y Morgade, 1997). Este enunciado vino a develar dos cuestiones. La primera, que el Sistema Educativo argentino fue consolidado a partir de la participación de las mujeres en la docencia. Cuantitativamente, el 70% (Lobato, 2007) de las aulas de la bisagra del siglo XIX y XX fueron ocupadas por maestras. Y la segunda que, aunque dicha presencia estuvo basada en principios biologicistas y esencialistas contemplado a la docencia como una extensión de la función materna, esta significó para muchas mujeres la posibilidad de desenvolverse por otras esferas de la vida pública. Tal fue el caso de Bernardina Dabat quien no solo fue docente concluyendo su carrera como Supervisora de Escuelas de la provincia de Santa Fe, sino además escritora y mantuvo un significativo activismo dentro de la fuerza partidaria del Socialista y del movimiento feminista (Ziporovich, 1992). Esto responde a lo que la historiadora Dora Barrancos (2007) sostiene al decir que a fines del siglo XIX y comienzos del XX no resultaba fácil distinguir a las mujeres socialistas de las feministas.

En esta clave, Bernardina Dabat fue una reconocida defensora de los derechos de las mujeres en Argentina. Un claro ejemplo de ello fue su presencia dentro de un espacio rosarino denominado *Acción Argentina* (Pasquali, 2012). Desde *Acción*, un grupo conformado mayoritariamente por señoras y señoritas, se desarrolló una

militancia atenta a la defensa de los derechos de las mujeres, la educación y la ferviente oposición al fascismo.

Dada la trayectoria de Bernardina, se le solicitó la realización de un discurso sobre Concepción Arenal. Esto tampoco nos extraña. La Arenal (así la llama Bernardina), fue “una de las figuras impulsoras que puso las bases del feminismo en España durante el siglo XIX y que se desarrollaría a inicios del siglo XX” (Roma García, 2017: 144). Nació en Galicia, en el año 1820 y falleció dos años después del nacimiento de la Dabat, en 1893. Durante toda su vida mostró una importante adhesión al libre pensamiento, a la educación, a la búsqueda de la obtención de los derechos de los menos favorecidos: “niños abandonados, los obreros, los presos” (Roma García, 2017: 147), y fundamentalmente de las mujeres. Su profesión fue la que hoy conoceríamos como trabajadora social (Lacalzada De Mateo y Vilas Buend, 2012), pero también fue escritora¹ y penalista (De Alba, 2014).

Consideramos que la transcripción del documento que venimos a presentar en esta oportunidad, es de suma significancia para comprender los valores e ideales socioculturales de la época. Poder conocer las palabras que Bernardina le dirigió a Concepción habilita a reflexionar acerca de determinadas concepciones sobre la maternidad, los estereotipos de género, la categoría “genio”, la escritura y educación femenina, entre otros. Pero también este documento nos anima a seguir investigando sobre la construcción de una red de mujeres que, pese a las distancias geográficas, compartían los mismos conceptos contrahegemónicos acerca del “ser mujer”. Como ejemplo de ello, advertimos que tanto Bernardina como Concepción, fueron dos mujeres alistadas al movimiento feminista de su época con estrecha relación a los ideales masónicos. En el caso español, existe una línea de investigación que se pregunta sobre las mujeres y su participación en la masonería², mientras que en Argentina esta línea historiográfica aún se presenta en un cono de sombras³. Sin duda, el hallazgo de este documento permitirá comenzar a indagar acerca de los vínculos entre estas mujeres, quienes, pese a pertenecer a tiempos y espacios diferentes, las unía la misma condición: ser mujer.

Hoy el documento descansa en *La Biblioteca Argentina “Dr. Juan Álvarez”* ubicada en la ciudad de Rosario (Santa Fe, Argentina) y cuyas páginas pasaremos a transcribir a continuación. A los fines de poder hacer del documento una lectura clara y legible hemos decidido editar algunos enunciados aunque prosiguiendo fidelidad al documento original.

1. Sus libros son analizados por Dolores Dabat en el documento que presento aquí mismo.
2. Algunos ejemplos son Alba, Y. (2014); Lacalzada de Mateo, M. J. y Vilas Buendía, L. (2012); Roma García, R. (2017); entre otras muy valiosas.
3. Un acercamiento a la temática la realizó Dora Barracos (2007)

Concepcion Arenal Reflexiones al margen De su vida y su obra

Trabajo compuesto – a pedido del Comité “Pro homenaje a Concepción Arenal” de Rosario – Doña Bernardina Dabat de López Elitchery. Leído en el Club Español el 21 de Noviembre de 1931.

Comité pro-monumental A Concepcion Arenal

Constituido en Rosario de Santa Fe a raíz de una invitación a la señorita Alcira Olivé, procedente del Comité Ejecutivo Pro-Monumento a Concepción Arenal, de Madrid.

Srta. Alcira Olive
Sra. Bernardina Dabat de López Elitchery
“Carlota Garrido de la Peña
Srta. Dolores Dabat
Sra. María Aguilar de Billicich
“Dora López Zamora de Torres
Dra. María Antonia Leonfanti
Srta. Adela Rodríguez Hertz
“Ana María Benito (fallecida)

Rosario, diciembre 19 de 1931

LA MUJER

En Concepción Arenal hay dos valores y son los dos muy altos: ella y su obra. Pero, a su vez, cada uno de estos valores, supone, por lo menos, otros dos. Ella es ya “una mujer” en su tiempo, por cuanto esta parte de la humanidad empieza a tener en el siglo XIX un valor propio. Pero, empieza recién a tenerlo, en tiempos de Arenal, y ella es una de las mujeres que se encargan en su pueblo de reclamarlo. Más, ella va a la conquista de esa condición.

El saber positivo le da capacidad de acción y allí empieza a labrarse su destino de mujer útil en el mundo por algo más que por haber tenido y criado unos cuantos hijos. Además de la mujer, no ya, solamente, madre en potencia, tuvo la Arenal la fortuna de empezar por serlo en la realidad.

En primer lugar, tuvo la suerte de vivir un matrimonio venturoso. Bueno es recordarlo por las circunstancias especialísimas que rodearon este hecho, que solo sirve para vulgarizar tantas veces la vida de los grandes del pensamiento y de la

acción. Bueno es recordarlo por cuanto no poco de lo mucho que fue la ilustre gallega lo debió, de seguro a la convivencia con el hombre verdaderamente superior que fue su marido.

No necesitó la Arenal ser bella ni graciosa para acertar en su gran conquista. Y tuvo más suerte que su contemporánea la hermosísima criolla Doña Gertrudis de Avellaneda. Esta, con haberse casado dos veces, no logró ver realizado el sueño de su amor. Tal vez, por eso se quedó, con su enorme talento, en la subjetividad romántica de su erotismo y de los amores humanos. Incomparablemente, más afortunada para sí y, para todos, pudo la Arenal, sintiéndose comprometida a recoger de “su amor” esa lección grande de optimismo que hizo de la suya, una vida entera destinada a quemarse en el ara del Amor, fuera universal y eterna, inspiradora de las grandes creaciones humanas.

Todo esto, porque asustó el talento de la Avellaneda al hombre que ella amaba y que la amaba. Y aquel Don Ignacio de Cepeda, no se decidió a desposarla... sin fuerzas suficientes para vivir a la zaga de la gloria de tan enorme mujer.

Más valiente, que el señor de Cepeda, Don Fernando García Carrasco, no tuvo reparo en unir la suya a la suerte de una mujer de mucho más talento que la Avellaneda y que trataba simplemente de parecer entre los hombres de estudio y de trabajo, un hombre más.

En segundo lugar, de concepción Arenal se ha dicho, que vestía de hombre. Su obra es la de un escritor de envidia, más la de una persona de acción; un funcionario público en el más amplio y noble sentido de esta designación de los ocupantes seriales.

Para ponderar a esta mujer eminente contemporánea suya, Doña Emilia Pardo Bazán, encontró esta expresión: “Es muy hombre esta mujer”, cuando el coraje y el talento eran virtudes contadas todavía como el monopolio masculino (...) De concepción Arenal, podría decirse que es mucha figura humana la suya para mermarla sin injusticia, en algunos de los rasgos de su fisonomía. Por eso decimos: búsquese en la Arenal una Mujer, una Madre, una Escritora, una Trabajadora.

Imposible mirar a la Arenal y no verla, en su siglo ya glorioso, entre otras mujeres también gloriosas.

Dije hace pocos días que si el siglo xv, el siglo del Renacimiento, había llamado con voces emergentes a la sensibilidad femenina, el siglo xix, había golpeado los oídos de su inteligencia y los de su razón, con nuevo, poderosos, decisivo, llamado. Con este formidable argumento ha llamado a la razón de su siglo el positivismo comtiano: *la mujer no tiene derecho a seguir manteniendo su condición parasitaria en las sociedades democráticas*. He aquí una de las raíces del feminismo.

Inútil buscar en los siglos anteriores al xv de nuestra Era. Mejor en los milenios, desde que la humanidad mira a los hechos y habla de ellos, por pruebas, por documentos o por hipótesis de la lógica real, elementos para creer que la mujer fue mirada más que como carne de placer, carne de vicio o carne de martirio. Ni

los pueblos de formación aristocrática llegaron a ver otra condición originaria ni otro destino en ella.

Las mujeres eran vistas como carne siempre, hasta sagrada, pues era substancia de paso para otra carne, necesaria a la patria fuerte y al arte embellecedor de la vida; carne sana y bella para darse hijos sanos y hermosos entre los pueblos paganos. Por lo cual, nuestra religión que sostiene haber mirado a la mujer con ojos amorosos, vio en ella la encarnación del “espíritu” pero, del espíritu del MAL, espíritu que debía ser ahogado en la esclavitud y la ignorancia.

(...)

Salvóla el Cristianismo de la condición de bestia de carga en las viejas campañas guerreras y en los viajes de comercio para lo cual la emplearon los pueblos de Oriente; dejó de ser él la carne y el espíritu, sólo hechos para el placer de vivir entre los pueblos paganos. Inútil buscar razones, sin embargo, para llegar a consolarnos con la creencia de que nuestra religión dijo otra cosa de la Mujer, hasta el siglo del Renacimiento y su sucedáneo el de la Reforma, fuera de estos dos desoladores conceptos tenidos por la ley para gobernarla, para educarla y para utilizarla prácticamente: uno, la mujer como incapaz por naturaleza de asimilarse a estudios serios de ciencia y de filosofía; y dos, la mujer es tanto más virtuosa cuanto más ignorante, cuanto menos iniciada en los peligrosos secretos del saber positivo.

Tenía que llegar el siglo XIX, haber probado la mujer que servía para preceptora de príncipes y de señores, para hábil cultora, hasta para creadora de géneros literarios y para consejera de hombres de gobierno... tenía el siglo del positivismo, que, cuando bien comprendido lo es de eclecticismo moderado, razonador, sereno y luminoso, que llevar al entendimiento de los hombres y de las mujeres (ya preparadas para comprender cosas bastantes difíciles) esta humilde, esta sencilla verdad:

Que santa – objeto de veneración en los altares; reina o mejor que reina: favorita, objeto de pleitesía en los tronos, o *matrona* – mejor servida en el hogar cristiano, monogámico, favorecida por la fortuna... santa, favorita o madre de hijos – un poco suyos, lo que va del momento que nacen a aquel en que sueltan del todo los brazos empínanos seguros; madre de hijos, es una “hija” más: la mayor, tal vez la preferida de la familia doméstica para ese perfecto marido que, reúne, según Francuis Coopée: “a Fardeul de L’amant” i’ndulgence du père”. (¡Ah! Ya es indispensable expresar ciertas ideas en el lenguaje poético para que convenzan a la razón, siquiera sea por un minuto y de alguna manera... con los incontratables poderes de la belleza sentida...).

Traemos estas reflexiones a cuento porque actualiza la cuestión feminista la lectura de algunos libros de Concepción Arenal como: “El Porvenir de la Mujer” y “La Mujer de su casa”. En ellos se aprende de forma concreta, objetiva y clara que la mujer, esposa, favorita o madre recluida en el hogar doméstico, es siempre una esclava dentro del orden social, si no le ha sido aclarada su conciencia con la luz del

saber sin limitaciones, y si no le han sido ennoblecidas las manos que guisan, que curan, que acarician, y que se juntan en el rezo, en la virtud del trabajo lucrativo.

He aquí la mujer del siglo XIX vista en Concepción Arenal; he aquí, también la mujer vista por ella. La mujer hecha, mediante la divulgación desmesurada del libro de ciencias y de bellas letras; más bella que aquella soñada siglos antes por Cristina de Piza; más santa que la monja alegre y trabajadora que pedía y era Santa Teresa; más práctica en su sabiduría que aquella mujer suspirada por Jaqueline Pascal. La mujer hecha, a la fuerza de saber, bella, noble y buena en ese laboratorio enorme que se llama la vida. La vida de la realidad, no la forjada por fantasías más o menos ricas de deseos y de sueños en el encierro y en el ocio.

Esta mujer tenía que ser una “esposa” y una “madre” ya distintas de la esposa y de la madre de los siglos anteriores: la esposa y la madre que alentaron a Concepción Arenal, precisamente. Esposa, sostuvo con el producto de sus escritos al marido enfermo en los últimos de los ocho escasos años que la acompañara, haciéndola dichochísima.

Pudimos salir a buscar a la Arenal por otro camino y le habríamos dado con la que ella fue: una madre del nuevo cuño. Una “madre” en el otro sentido que su siglo dio al vocablo: una madre de Hombres, una madre de Pueblos. (...) Mirando a las vidas humanas de interés colectivo, se llega a advertir la noble importancia que suma en ella la cultura, la capacidad femenina para la dirección de la familia.

Y cuesta creer, y duele creer, realmente, como ha podido discutirse durante tantos y tantos siglos esta sencilla verdad.

Quiso la casualidad que leyera al mismo tiempo que libros de Concepción Arenal, algo sobre la vida y la obra de un eminente poeta francés del siglo pasado: Salli Prudhomme. Y bien llegué a comprender que la tristeza que ensombreció la vida del poeta, que era un hombre débil. El escepticismo que hizo de la suya una filosofía amarga, desolada, reconocía en muchos, como origen, la insuficiencia materna para sostener un hogar propio en el momento de la muerte del padre. Aquel niño no se acostumbró jamás a la debilidad de carácter de la madre y a la incapacidad material que la obligó a recogerse en su viudez desconsolada al lado de un hermano solterón atrabiliario, fanático, de carácter agriado por sus ideas retrogradadas.

Parece que algo muy semejante ocurrió al célebre poeta italiano Leopardi. Este no se crió huérfano ni le faltaron recursos materiales en la infancia ni en la juventud, pero también el espíritu dominante y tétrico de una madre ignorante y fanática, mal advenida con su marido, encerrada ciegamente en el empeño de salvar a todo trance el padrino nobiliario, material, y moral de la familia, hizo del poeta una vida triste, fuera de todos sus gustos e inclinaciones naturales, en la infancia y en la juventud. Formó esta madre un Leopardi como en Suli Prudhomme la suya, un misántropo: uno de esos individuos descontentadizos, roídos por el veneno del tedio porque llevan en el fondo de las almas el descontento, más aun el desencanto del vivir incomprendidos.

Se piensa: he aquí dos seres que tratados por madres inteligentes que hubieran conocido las virtudes embellecedoras y ennoblecedoras para la vida, de la cultura física, hubieran hecho algo por enriquecer la sangre pobre de sus hijos, por darle un poco de vigor, que es gracia y gloria en el vivir para este mundo. He aquí dos seres que tratados por madres inteligentes hubieran sido respetados, cada uno en “su” personalidad moral que, en uno y otro quería decir: necesidad, deseo de pensar libremente, capacidad de soportar con las fuerzas morales, robustecidas en el estudio libre y en la vida práctica y plácida, los riesgos de la suerte en la otra vida. Pero, también el genio fue una vez un niño y un adolescente y en la infancia —misterio— y en la que todos sabemos atormentada adolescencia hizo siempre falta un espíritu fuerte, comprensivo, inteligentemente amoroso, cerca.

Leyendo algo de lo que fue la vida martirizada de Leopardi, sobre todo, se llega a pensar en la falta que hizo al lado de su lecho una madre de su temple.

He aquí, con todo, dos madres a quienes no hay por qué mirar con excesivo ensañamiento. Les tocó en suerte serlo de dos genios, podemos decirlos para Consuelo, y el genio, quien sabe por qué virtud, se salva siempre, aun a expensas de lo humano muchas veces... que hasta hay quienes creen en su crueldad.

Pero lo común, lo que hace el mundo no es la cantidad de genios, sino la de hombres y, entonces ¡Cuántos fracasados, cuantos desdichados parásitos reconocerán como una principal causa de ese fracaso la insuficiente de la cultura de la madre...!

Ahora que pueden comprobarse objetivamente estas cosas dichas y vistas por la Arenal, mirando a tantas realidades triunfantes podemos decir: la condición de “hombre” ni la de “mujer” no excluyen ni estorban siquiera, a la condición de “genio”. Está demasiado comprobado que el perfeccionamiento humano, en cuanto a lo humano debe satisfacer al vivir en este mundo, no impide el desarrollo de todo lo especialmente superior que la naturaleza pone en sus elegidos. Por el contrario: obra con estímulo, cada vez más poderoso, el alza del nivel medio logrado por las sociedades modernas.

A todas estas reflexiones nos ha traído Concepción Arenal con sus libros: “La Instrucción del Pueblo” y “El Pauperismo” ¡Qué modo más elocuente de pedir cultura y saber para su pueblo...! ¡Qué modo de enseñar con exaltación frenética, de Amor, de Fe y de Esperanza cristianas a su gobierno la manera de cumplir mejor su destino de civilizar!

He aquí la Mujer que hubo en Concepción Arenal. He aquí la madre de hijos y de pueblos que también hubo en aquella. Sí madre buena fue hasta el siglo XIX la que cumple rendida con la maldición de dar hijos con dolor, madre mejor es la que empezó en el siglo XIX a ser una madre que hace, conscientemente, cuando puede por ganar la bendición de verlos criados sanos y felices en la virtud de servir, en esta vida, el trabajo y para el progreso.

Así vio Concepción Arenal a dos de los tres hijos de su carne (hubo de llorar la temprana desaparición de una hijita); dos hombres de bien que le dieron ese

poco de gloria íntima con que se dan por satisfecha las mujeres. De uno de ellos, sobretodo, se dice que vivió materialmente para rodear de ternura y de nietos su ancianidad augusta.

Lo demás, lo que dio a los millones de hijos de su espíritu, entre los que quisiéramos contarnos, son sus libros y sus inteligentes gestiones de interés público ante los poderosos como inspectora de Cárceles hacen eternidad de su gloria. Eternidad, bien puede decirse, que en esta revisión de valores realizada por España de esta hora, vuelve a irradiar su memoria de actualizarse su obra de penalista y de socióloga, madre de su pueblo republicano. Y con este, cada vez más consciente modo de encender y de cuidar los cultos necesarios del Idealismo humano, mira España hoy a Concepción Arenal. Mírala como la madre del pueblo heroico y bueno que ha hecho la revolución y, también, como la madre de sus: Unámono, Ramón, Icajal, Baroja, Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, Cossío, Rusiñol, Benavente... y la muestra al mundo, llena de legítimo orgullo, acendrada hidalguía y de acendrado patriotismo.

LA ESCRITORA

En la obra de Concepción Arenal es preciso mirar a la pensadora, a la escritora, en primer término y después a la mujer de acción propiamente dicha.

En el siglo XIX se crean en un nuevo Renacimiento, más práctico aun que el del siglo XV, los oficios y las profesiones. Reconoce, para todos los hombres, el derecho al ejercicio de la profesión de escribir. De ahí el progreso desmesurado del periodismo y sus consiguientes en la letra: el florecimiento de los géneros, mejor de las dos especies literarias de batalla desde entonces: “la crítica” y el “ensayo” que nutren el periodismo. Y aquí tomamos a la Arenal como luchadora, como mujer de trabajo.

He querido Margarita Nelken, en un interesante libro publicado por la Editorial Labor que titula “Las Escritoras Españolas,” convencernos de que las letras españolas no son más pobres que las de otros países en cuanto a escritoras. “Hasta, dice, por lo mismo que la cultura de la mujer en España, fue manifestación de minoría, y por lo tanto de *selección*”, dio frutos más escogidos que en otros países”...

No nos habla, sin embargo, en dicho libro de la ilustre gallega. Probablemente porque no la mira como “escritora” en el sentido que da la “belleza” pura al vocablo. Tal vez porque la Nelken ha clasificado a la Arenal como “una de aquellas escritoras que se inclinaron únicamente hacia las cuestiones que hoy llamamos sociales” y —agrega— “no cuidaron de revertir la exposición de sus ideas de una forma que justificara su entrada en la literatura”.

Nosotros creemos ver en Concepción Arenal un alto valor como escritora. Y, ante la imposibilidad material, de informarnos todo lo prolijamente que deseáramos, acerca de los resultados prácticos de su fervorosa prédica como penalista

propriadamente dicha, riquísimos en pensamientos y bellos de forma. Ensayaremos destacar su valor como eminente Feminista, condición que destaca en ella Don Adolfo Posada, entre otros.

Son desoladoras las informaciones que recogemos por la prensa y por los libros relativos a lo poco que se ha hecho en España, hasta ahora, por levantar el nivel medio de la cultura femenina y el nivel medio de la cultura popular. Sin embargo, tanto el “Porvenir de la Mujer” como “La Instrucción del Pueblo”, son libros que historiando la materia, llegan a establecerla conforme a la doctrina del siglo (la de principios pestalozzianos) que ha informado la cultura popular en América. “La Instrucción del Pueblo” esboza todo un plan y programa de enseñanza primaria, ampliado con comentarios, que proponen soluciones a problemas didácticos planteados todavía. Concepción Arenal se ha adelantado a su tiempo en muchísimas previsiones de orden didáctico.

Son desoladoras las noticias relativas a lo poco que se ha hecho en España hasta ahora, a pesar de la voz de Arenal. “No pensar solamente en el “*Señorita*” sino en todas las mujeres” dice en cada paso, en sus libros.

Nos place mirar a “lo español” en nuestra condición de pueblo colector de civilizaciones que nos distingue, como pueblo joven y colector sobre la buena porción de fibras españolas que contamos en nuestra raíz racial. Y nos place doblemente mirarlo ahora, en estos momentos en que España se ha expuesto a la admiración del mundo con la revolución social realizada. Porque esta revolución nos acerca cada vez más a ella. Justo es que nos intereseamos fervorosamente en estos momentos, por esa gran sembradora de ideas democráticas que fue la Arenal. Por este espíritu tan del siglo XIX, imbuido de Criticismo y de Análisis, dispuesto a mejorar objetivamente con la claridad y el valor necesarios. Con espíritu científico puro: sin ira y sin veneno.

El pensamiento español del siglo XIX —como el pensamiento de todos los pueblos de ese siglo— no puede ser mirado independientemente de lo que significan las “formas” de expresión de ese pensamiento. Uno y otras llevan implícitos esta palabra: LIBERTAD.

De ahí el Romanticismo, que tuvo en España sus representaciones femeninas en Gertrudis Gómez de Avellaneda y en Carolina Coronado. De ahí el llamado “optimismo” que floreció igualmente en una figura femenina egregia; la de Fernán Caballero. De ahí “naturalismo” y el “exotismo”... y todos los modos propios de pensar y de expresar ideales del siglo XIX.

Porque siglo XIX quiere decir muchas cosas especiales para las ciencias, para la moral, para las religiones y para el arte:

Subjetivismo; exaltación idealista; cosmopolitismo intelectual; una concepción de Humanidad; nacionalismo exaltado; un sentimiento místico de la naturaleza; panteísmo; pasión desmesurada por los estudios históricos; culto fervoroso de las tradiciones; un afán desmesurado por ensayar la conciliación

de los cristiano con el pagano; un deseo renovado de penetrar el infinito en el tiempo y en el espacio, por caminos cada vez más reales de exploración... Según otro español eminente: Don Manuel de Montoliú.

Y de aquí todo eso que ha dado y sigue dando material para tanto y tanto libro bello, para tanta institución de estudio y esparcimiento. De ahí la moral llamada positivismo; de ahí la religión de la humanidad; las ciencias experimentales; “el romanticismo” y el “naturalismo” y el “exotismo” en el arte... Que todas estas palabras no deben ser miradas como designaciones de “escuelas artísticas” solamente. Reflejan eso —El Arte— pero más que eso: el modo nuevo, diverso, infinitamente complejo y vario del vivir de la masa humana cada vez más agitado, más asediado por el Deseo; movido otra vez como en el Renacimiento por el acicate de la Duda.

De ahí que “romanticismo”; “naturalismo” y “exotismo” y “pesimismo” y “optimismo” quieran decir aspectos diversos del intelectualismo y del racionalismo y del sentimentalismo científico, reconocidos dentro de la llamada filosofía positivista. Por esta filosofía, que, hasta nuestros días viene haciéndonos familiares los términos “materialismo” e “idealismo” para designar aspectos y formas diversas de trabajo en las investigaciones de crítica de análisis y de prueba.

Y bien: aquí Concepción Arenal, recibiendo y rechazando todo esto con su enorme inteligencia, con su deseo de trabajar y con su gran corazón de honda raíz cristiana. Una pensadora robusta del temple del mismo Augusto Comte. Que sólo en el “Catecismo Positivista” se encuentran reunidos e inflamados en el fuego abrazador del humanitarismo estos dos altísimos ideales: la redención del pueblo y la redención de la mujer por obra de la cultura. De ahí que para calificar el estilo de la Arenal habría que decir vigoroso, inflamado, arreatador, delirante, rotundo, formidable... De todo esto hay escritos.

En cuanto a su pensamiento en materia de educación que creemos llegar a vislumbrarle —así sea de lejos y apenas, muchas veces— la creemos imbuida, por acción y por reacción de Herbart, de Comte, de Spencer, de Pestalozzi y de Froebel. Todo en un alto pensar y en un mucho y bravo decir.

En Concepción Arenal, como escritora, una hija del siglo XIX, romántica porque vive su sueño, hasta donde puede vivirlo, que es en una enorme realidad aleccionadora, muchas veces; otras tantas, consoladoras.

Uno de esos espíritus nuevos, que a partir de la mitad del siglo pasado empezaron a mirar las cosas de la naturaleza y los hechos humanos cada vez más objetivamente, en un inmenso afán de salir un poco del “yo” egoísta y encaminar toda la vida de la acción, en un gran afán de servicio público. En exaltar cada vez más el valor práctico de la vida terrena y, no ya en el acatamiento manso al dolor de vivir, sino en una rebelión activa, emprender la búsqueda de remedios y consuelos para los males comunes.

El dolor viene de Dios como una lección y como una prueba, pero el dolor, sin posible resignación y sin consuelo, sin utilidad para la perfección moral del que le sufre y del que le alivia, es la obra de la perversidad humana...

Copio esto del libro “Beneficencia, Filantropía y Caridad”, hermoso y lleno de consejos prácticos, como libros de actualísima pedagogía social.

Tanto el aliento romántico que pone en sus escritos la Arenal, como ese sello característico, esa especie de voluptuoso fervor lírico a lo Jorge Sand, que eleva las ideas hasta la cumbre misma del misticismo práctico, como el cristianismo evangélico que la inspira, llévala a cantar al dolor como lo hace en este libro en “El visitador del Pobre”.

Pero, si fiel al catolicismo en cuanto al culto de la tradición y al de las instituciones, oficiales y particulares, sostenidas por el clero y por los poderosos del nombre y del dinero en su pueblo, es ya Concepción Arenal, una católica contagiada de criticismo del espíritu de análisis de su tiempo. De ahí que ella se uniera a la falange de pensadores, de sociólogos y de políticos que trabajaban por depurarlo, por humanizarlo, por abrirlo a las influencias renovadoras del espíritu científico y de la sensibilidad, cada vez más libre de prejuicios, de su siglo. Así la vemos en este libro “Beneficencia, Filantropía y Caridad” y “El Pamperismo” que han recogido sus celebradas “Cartas” sus “Conferencias” y sus artículos periodísticos. Que esta es la parte substancial de su obra como socióloga: valiosísimo por la cantidad de reacciones que (debe creerse) habrían provocado en su tiempo. Aun hoy interesan como nuevas muchísimas ideas de la Arenal, luchadora desde dos puestos: el periódico y la conferencia.

Esta circunstancia explica sobradamente muchas de las características de su estilo: el desaliño y la superabundancia, que son, por otra parte muy románticas condiciones.

Tanto y más de romanticismo está la prosa de la Arenal influenciada por el naturalismo, dado que es una escritora esencialmente objetiva y sensitiva.

El naturalismo, fenómeno tan múltiple y vario en aspectos como el romanticismo, contó en España con la gloriosa figura femenina de Doña Emilia Pardo Bazán. Traigo este recuerdo porque esta otra española eminente dijo, hablando de la Arenal, algo que merece ser recordado. Traigo este recuerdo porque me parece que las vidas de estas dos Mujeres pueden servir como afirmaciones de fe en el progreso. La hora suspirada por estas dos Feministas eminentes ha sonado para España y para el mundo hispano-americano. He aquí las palabras de un autógrafo de Doña Emilia Pardo Bazán, referidas a Concepción Arenal:

Concepción Arenal ejercía un cargo de Inspección de los establecimientos penales españoles. Sobrevino la revolución de 1868, y *los liberales* quitaron a Concepción Arenal el cargo que le habían conferido los *moderadores*... Porque Concepción Arenal era mujer.

¿Verdad que este sencillo incidente explica lo infecundo de nuestras revoluciones políticas?

De ahí el sentido con que se han hecho. Que una mujer sea una gran penalista, un jurisconsulto, un pensador... no importa: es mujer... hay que privarla de todo, hay que cerrarle todos los caminos.

Esto sucedió a mi ilustre paisana, y esto sucede, en su terreno, a toda mujer que quiere señalar huellas en los caminos de la ciencia o del arte.

Y hasta que tan bárbara preocupación caiga derrocada, no se levantará España de su letárgico abatimiento.

Y bien: por la doble influencia, del romanticismo, en cuanto a la forma libre, suelta, desaliñada, brava, y del naturalismo, en cuanto al fondo de los escritos, objetivación, análisis seguro, fuerte, decidido, hasta crudo muchas veces, es la Arenal una escritora que puede poner su prosa al lado de la de Fernán Caballero y al lado de la Doña Emilia, sin desmedros ni rubores.

Hablando de la Arenal, en ese compuesto de sus ideas, su estilo y su actuación pública habría que decir: es una cultora encarnizada del ideal de su siglo en cuanto él suponía revisar valores analizándolos con procedimientos científicos; razonar sobre los hechos y sobre las cosas conforme al trabajo de la lógica real, y prepararse para discernir de un modo distinto la justicia en la tierra. Hacer precisamente, en los juicios lo que hace la Pardo Bazán con “su paisana”, como la llama orgullosamente.

En sus escritos sencillos, clarísimos, para que las ideas lleguen fácilmente al pueblo ignorante que aflige su corazón amantísimo, y al gobierno sordo que la avergüenza, revélase la Arenal una *maestra* en la más noble acepción del vocablo. Una maestra que en el ejercicio de una cátedra pública, sabia, noble, fervorosa, sentida, va sembrando ideas nobles y elevadas, en frases de una pureza y de una claridad admirable, a la vez de una fuerza verdaderamente desarrollada. Una escritora combativa, bravísima, que jamás cae en el tono panfletario. Una predicadora de verbo enjundioso y fácil lleno de amoroso anhelo de servicio público a lo Castelar en “El Visitador del Pobre”.

Esta heroica mujer ha compuesto una obra enorme de filósofa y de didacta, en forma seria, sin empaque, bella sin retórica excesiva, doctrinaria y práctica a la vez, sin alardes de cientificismo. No es el suyo un naturalismo de solo palabras crudas. Su obra está impregnada de ciencia, de fisiología y de psicología. Su cristianismo da a suponer que adoraba al Jesús del valor y del sacrificio que ardía en su propio corazón. El sistema de moral positiva que puso su esperanza en la acción del estado democrático para bien del individuo, es el que ella propicia en su hermoso libro “Beneficencia, Filantropía y Caridad”. Vale la pena conocer el programa de acción, sencillo, hermoso, vasto que ella formula, así sea resumido en estos cuatros tópicos:

- I. Es un deber de la sociedad procurar a los desvalidos la mayor suma de bien posible.
- II. La sociedad no comprende su alta misión si cree llenarla con sólo hacer bien material.
- III. El Estado, aislándose de la caridad privada, no puede auxiliar debidamente ni el cuerpo del menesteroso ni su alma.
- IV. Existen en la sociedad los elementos necesarios para consolar todos los dolores,

No resulta hiperbólico el juicio que puso a la Arenal en cuanto a magnitud de ideales cristianos evangélicos, a capacidad creadora de ideas directrices y a poder de acción fecunda y eficaz, al lado de la Santa Teresa en la Gloria del recuerdo de todos los hombres. Nos lo dijo Consuelo Bergés en su magnífico trabajo sobre Concepción Arenal, leído en la Escuela Normal N.º 2 de esta Ciudad, hace poco tiempo.

Realmente: pareciera que si la uno dejó inflamar su corazón por el amor al Cristo-Hombre en la tierra, la otra dejó arder el suyo en el amor al Cristo-Hombre de la tierra para bien servir al Cristo-Dios del cielo. Por caminos distintos ambas quisieron y creyeron “decir” sobre todo el “obrar”. Que las dos son, fundamentalmente, mujeres de acción. En ambas la religión deja de ser arrobo, descanso y consuelo para convertirse en Verbo, en cuanto el verbo impulsa la acción.

Muchos han encontrado en estas dos mujeres heroicas, rasgos de carácter parecidos. Por nuestra parte descubrimos un rasgo común que las distingue de muchos escritores españoles: las dos miran a la realidad con ojos claros, como ellos —desde Gonzalo de Berceo el Arcipreste, hasta Pereda, Valera y Ricardo León— todos miran a la realidad, pero se quedan en ella. El mérito enorme de sus obras, lo que las hace eternas es la belleza de la forma. La Doctora de Avila, como nuestra ilustre gallega, son doctas en Idealismo trascendente, porque ese idealismo puede ser abierto a todas las realidades.

El misticismo se hace práctico en la acción desarrollada como organizadora de conventos por Santa Teresa, la prédica de una moral razonada, conforme a los avances de las ciencias positivistas: a la biología, a la psicología, hace que el catolicismo pontificio (disciplina social y política española, desde la Edad Media) encuentre en la Arenal la crítica, de una noble convencida que habla al pueblo, al clero y al gobierno de su país, con los libros de ciencias en la mano y en el tono grave y amoroso del Evangelio.

Y hay belleza en la prosa de la Arenal. Prosa fuerte, vigorosa, hecha a cada paso de alegatos vibrantes que recuerdan los bravos de Pérez Galdós, hasta algunas —pocas veces— los amargos períodos de Larra, los floridos, rotundos de Castelar en “El visitador del Preso”, libros inspiradísimos, inflamados en belleza sentida.

Como en Galdós, como en Unamuno, como en Azorín campea esa belleza lograda sin buscarla, que sólo logra, generalmente, el genio que se ignora. En la

Arenal aparece la Belleza encarnada muchas veces en una figura humana enorme, sosteniendo con ambas manos un corazón que no sangra —¿cómo va a sangrar si no está herido?— y que no sonriera blandamente diciendo:

He aquí el magnífico, el poderoso señorío de la Verdad.

De ahí que sus libros “Científicos” y “Morales” en cuanto a género literario, serios de forma, invitan a ser leídos con infinito placer. En el “Porvenir de la mujer” y en “El Visitador del Pobre” sobre todo, pasan los capítulos ante la emoción del lector, como verdaderos poemas, tal es la frescura que inspira el fervor lírico de su tono.

Hablan los biógrafos de la Arenal de “novelas”, “cuentos” y “poesías” para niños que no conocemos, “obras éstas, agregan —de un valor literario mediocre—”. Es casi unánime la opinión a favor de sus obras de socióloga, de penalista y, sobre todo, de filosofía serena del Feminismo que le encarece Posadas, entre otros.

En todas estas obras rebelase esta insigne mujer como una maestra fervorosa del pueblo, como una “madre” en el valor cristiano del vocablo, como una “amiga” en el valor humano del mismo, de: el Pobre, el Loco, el Huérfano y el Delincuente. En el discurso de la Arenal estos cuatro nombres comunes se escribieron como propios, con mayúsculas. Y enfrentándose, contraponiéndose intencionalmente, en un frenético deseo de establecer una aproximación siquiera de valores, escribiéndose también con mayúscula, en su discurso, nombres y expresiones como éstas: los Ricos, los Cuerdos, los felices Niños con padres y con hogar propio y los Buenos porque siempre saben y pueden hacerlo...!

Aquellas cuatro especies de hijos de Dios, los pobres, los niños desvalidos, los locos y los delincuentes, han interesado hondamente el espíritu de exaltada, de infatigable luchadora que alentaba en esta persona “humana”. “El visitador del preso” traduce en prosa del más vigoroso patetismo, su sentir cristiano, lleno de dudas y de arrestos, de perplejidades y de impulsos, de temeridades y aún de miedos frente al misterio del crimen. Pensamos los profanos en materia penal y los semiletrados en materias pedagógicas, muchas veces, que hay en la Arenal una situación espiritual divorciada de la doctrina cristiana en cuanto ella es código pontificio y que resiste heroicamente a la doctrina positivista pura, aunque prácticamente está influenciada por ella.

Esto, sobre todo, en la crítica que hace al Sistema de Educación de Spencer que, aunque no compartimos, nos parece admirablemente hecha.

Y creemos ver en la penalista, que apenas alcanzamos, más bien a la filósofa del pecado y del crimen desde la situación espiritual a que nos llevan justamente con sus reservas científicas puras, estos hombres modernísimos: Marañón biólogo y Jiménez de Asúa, sociólogo, por ejemplo...

LA PEDAGOGA

Uno de los libros comunes de lectura muy usados en nuestras escuelas porque es realmente un buen libro es “Elevación”. El mismo, trae una somera biografía de Concepción Arenal, en esta feliz ocurrencia de los modernos libros del ramo, de agregar una noticia biográfica de los autores de quienes figuran trozos en el texto. Voy a valerme del segundo párrafo de dicha biografía para bordar una breve reflexión. Debo advertir que los párrafos de la Arenal insertos en el libro me parecen muy bien elegidos precisamente porque recogen dichos párrafos una de las ideas esenciales, fundamentales de la filosofía: la de la equiparación de las clases sociales en nuestras democracias. No así, en cambio, en el comentario que se hace del valor de la vida de Concepción Arenal en la biografía aludida.

Recojo así una de las infinitas sugerencias que se reciben al paso por las escuelas oyendo repetir de memoria y sin comentario a los niños lo que aprenden en los textos:

No obstante su dedicación al estudio y a la investigación científica, no olvidó ni un momento, los deberes de “su sexo”... “Amó y sintió como mujer”... “Cuidó de su hogar y de sus hijos; guardó la casa e hiló la lana como la matrona de la Roma antigua...”

Pensemos en estas palabras de la Arenal copiadas de su libro “La Instrucción del Pueblo:

La llamada educación primaria no merece este nombre cuando no es más que un medio de instruirse, sino llega a emplearse, inútil, y si se emplea mal, dañoso. Se ve la ignorancia letrada y el error letrado también, en la gente del pueblo que, por saber leer y escribir no deja de ser ruda y de admitir como verdades, los absurdos más groseros. No puede suceder otra cosa mientras la enseñanza sea más mecánica que intelectual, y se reduzca a adquirir un instrumento que no se usa o no se usa bien. La cuestión no está en que *el pueblo aprende a leer sino en que aprenda a discurrir.*

Yo creo modestamente que, tanto Concepción Arenal, como la Montessori, Mme. Curie, Miss Parkurst, María de Maeztu... no pueden ya ser presentadas a los niños como mujeres ejemplares de la Roma Antigua. Ni siquiera como “una” de las tantas madres un poco señoras otro tanto fregonas que fueron nuestras santas madres, fundamentalmente como lo somos nosotras mismas todavía. Nosotros creyéndonos ya más felices que ellas, debiéramos poner el ideal en ir siendo cada vez más perfectas por más útiles a la sociedad en sus intereses colectivos... ¿Es o no el tipo ideal superior humano el que han encarnado y encarnan las mujeres de trabajo, las mujeres estudiosas, las mujeres geniales que pueden utilizar su genio libremente? “¿Supone o no esta virtud de servir a la humanidad, aun olvidando un

poco el marido y los hijos y los padres, y la casa, y todos esos amores y regalos, al fin y al cabo egoístas?

Es tan enorme el contenido en ideas humanitarias, altruistas de la Arenal, el derroche de energías que supone el desborde torrencioso de sus pensamientos en el noble afán de servicio público que la animaba, que me parece cruel e injusto empequeñecer su obra. Y, es empequeñecerla, recordarle como primerísima virtud lo que ella seguramente miraba como un egoísmo al cual no creía tener derecho: el olvido de sus deberes “humanos” por atender al de cuidar “sus hijos, que, siendo pedazos de su carne, eran ella misma, por cuanto los hijos son generalmente desde la razón de salud hasta la alegría de la vida de las madres. Y parece que así lo fueran los de la Arenal para ella. Y todo lo que da salud y honor y alegría debe estimular noblemente a las mujeres al afán de dar obras y el afán de hacer porque se dictan leyes del más alto destino material y moral para los pueblos.

Amigas mías: He aquí la lección de pedagogía social y moral que dio con su vida, con sus libros y con sus obras, Concepción Arenal:

Una mujer que se vio obligada a sostener al marido enfermo y al hogar y que pudo hacerlo, fácil y notablemente con el producto de su trabajo; sus escritos y sus gestiones como Inspectora de Cárceles de Mujeres.

He aquí la lección de pedagogía social y moral que dio la Arenal con singularísima eficacia. ¿Por qué no decir esta verdad sencilla, que lo es de orden común ya entre nosotros? No vaya lejos la maestra a buscar el ejemplo: piense en “su caso” y así verá en “su casa” el ejemplo de la madre de nuevo cuño que soñó Concepción Arenal para todas las mujeres. Y para no envanecerse demasiado con “su” caso, mire a la situación del hogar de los niños que año a año pasan recibiendo sus lecciones. ¿Son o no mujeres de trabajo las madres de sus alumnos?

Bueno, es que comprendemos a las mujeres del temple de la Arenal, que son tan pocas, para exponerlas a la comprensión de nuestros niños. Este me parece hasta un modo práctico de cuidar la familia como entidad de orden social. De defenderla y de embellecerla cada vez más, asegurándole gracia de duración y de perfeccionamiento. Pero a la familia que los tiempos imponen desde el siglo pasado.

Creo que no habría dolido a Concepción Arenal, esta humilde reflexión de una mujer —maestra— que la admira devotamente, muchísimo más en la condición de Madre benemérita de todos los hombres que ella tuvo la suerte de poder ser, que como madre amantísima de los dos hijos de su carne.

Y esta es la lección grande y actualísima de pedagogía social que, me parece, debemos recoger de su vida y de sus obras para ofrecerla a nuestros hijos y a nuestros alumnos.

Bernardina Dabat de López Elitchery
Rosario, 21 de noviembre de 1931.

Referencias bibliográficas

- BARRANCOS, Dora (2007): *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires, Sudamericana.
- ALBA, Yolanda (2014): *Masonas. Historia de masonería femenina*. España. Editorial Almuzara.
- LACALZADA DE MATEO, María Jose y VILAS BUENDÍA, Luis (2012): “Algunas claves y textos de Concepción Arenal para un debate inacabado”, *Acciones e Investigaciones Sociales*, 32, 271-333
- LOBATO, Mirta (2007): *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*. Buenos Aires. Edhasa.
- MORGAGE, Graciela (comp.) (1997): *Mujeres en la educación. Género y docencia en la Argentina 1870-1930*. IICE. Buenos Aires. Miño y Dávila.
- PASQUALI, Laura (2012): Gritos y susurros. Separatas de historia sociocultural rosarina. Separata 4 - *Voces desobedientes: el activismo de las mujeres en la escena política*. Buenos Aires. El Ombú Bonsai.
- ROMA GARCÍA, Miriam (2017): “Protofeminismo y masonería, factores influyentes en la España Contemporánea (1868-1900)”, *REHMLAC*, vol. 9, no. 2, 130-151.
- YANNOULAS, Silvia (1996): *Educación: ¿una profesión de mujeres? La feminización del normalismo y la docencia (1870-1930)*. Buenos Aires. Kapeluz.
- ZIPEROVICH, Rosa (1992): “Memoria de una Educadora”, en Adriana Puiggrós (comp.), *Escuela, Democracia, y Orden*. Buenos Aires. Ed. Galerna.